

deploraba. Las naciones septentrionales debieron renunciar á todo comercio de exportación, porque los productos naturales de su suelo, el hierro, las maderas de construcción, la brea, no podían ser transportadas sino por mar, ya que el camino terrestre triplicaba el coste de su acarreo. En Rusia, donde los propietarios necesitaban de Inglaterra para dar salida á sus granos, al cáñamo, al sebo, á las maderas, las consecuencias del bloqueo continental eran desastrosas. El valor del rublo, de sesenta y siete kopeks aun en mil ochocientos siete, descendió en mil ochocientos diez á veinticinco. Los impuestos no se pagaban; la penuria devoraba al Tesoro público; el poder militar del Imperio resultaba paralizado. Para remediar en algo tan angustiosa situación, publicó el gobierno moscovita la tarifa de mil ochocientos diez, que perjudicaba principalmente al comercio francés, por recargar con un derecho de ochenta rublos el tonel de vino y negar la entrada á los aguardientes y artículos de lujo, á más de disponer que se quemaran las mercancías introducidas fraudulentamente, que fueren aprehendidas. Napoleón, estimando que al promulgarse dicha tarifa se violaba uno de los artículos del tratado de Tilsit, se manifestó muy irritado, y encargó á su ministro que escribiese á Caulaincourt lo siguiente: «El emperador Alejandro me decía en cierta ocasión que preferiría recibir una bofetada á ver quemar los productos de la industria y el trabajo de sus súbditos: ¿podrá conseguir el emperador Napoleón, cuyo poder es tan grande, lo que no hubiera soportado Luis XV, dormido en brazos de madama Du Barry?» Los rusos contestaron que el asunto era de carácter interior, no internacional; que desde Catalina II se había empleado el procedimiento de destruir por el fuego los objetos arrebatados al contrabando; que Napoleón lo aplicaba, y que Rusia, careciendo de mercados para sus productos, tenía el derecho de restringir el comercio de importación, que completaba su ruina. También Napoleón apremiaba á Rusia para que aplicase sin excepciones ni atenuaciones las reglas del bloqueo continental; pero sucedió que Alejandro supo por entonces que en Francia no se guardaban con el rigor que á los demás se les exigía, y quejóse de tan irritante desigualdad. En Francia, en efecto, eludíase el bloqueo no sólo con el contrabando, sino por medio de un fraude, que el gobierno autorizaba. Consistía este fraude en expedir licencias ó permisos de circulación, que se pagaban á subido precio, merced á los cuales algunos armadores privilegiados transportaban á Inglaterra trigos y vinos, que allí se recibían por necesidad, trayendo, en cambio, maderas tintóreas y aceites de pescado. El organizador de semejante tráfico, ilegal é indigno, era Napoleón, que hallaba en él fuente abundante de rentas muy saneadas. El Emperador de los franceses repuso que, si era cierto que otorgaba licencias para la exportación de trigos y vinos, no la concedía para importar artículos coloniales; sin embargo, esta aserción era inexacta. Resultó, pues, que Rusia se creyó autorizada desde aquel momento para mitigar los rigores del bloqueo, y pronto hubo de comprenderse que únicamente por la fuerza se la obligaría á su estricta observancia.

Por otra parte, á consecuencia del tratado de Tilsit, Rusia había echado sobre sus hombros el peso de cuatro guerras: la de Inglaterra, la de Suecia, la de Turquía y la de Austria; sostenía, además, otra con Prusia desde mil ochocientos seis. Estas guerras fueron para ella fecundo manantial de desilusiones. La de la Gran Bretaña no le trajo sino pérdidas en el terreno mercantil y en el de las armas, como, por ejemplo, la de la escuadra de Soniavine, surta en la desembocadura del Tajo, cuando la capitulación de Cintra: en la de Austria, aun no siendo grandes sus servicios, la recompensa que obtuvo fué más mezquina todavía; en la de Prusia, no debía tocar los resultados hasta mucho más tarde; en la del Imperio otomano, hubo de adquirir el convencimiento de que no lograría apoderarse de Constantinopla, ni conquistar la Bulgaria, ni aun dominar del todo en las provincias rumanas: la más afortunada de estas guerras, la de Suecia, le valió la Finlandia, pero fué á costa de grandes sacrificios. De manera que las estipulaciones de Tilsit, nunca populares entre los rusos, habían caído en completo descrédito y eran generales las protestas contra su subsistencia. Se comparaba en Rusia con amargura la adquisición de la Finlandia y lo de algunos distritos en la Moldavia, en Lithuania, en Galitzia y en Asia, con la enorme extensión del Imperio francés, y el resultado no podía ser más molesto para el amor propio de Alejandro, ni más inquietante para la seguridad de sus Estados. Alemania, donde la influencia de la corte de San Petersburgo había preponderado desde Pedro el Grande, estaba toda entera á discreción de Napoleón. En la Península Italiana, cuyos asuntos tanto interesaron á Pablo I, los territorios no erigidos en departamentos franceses formaban parte del reino de Italia ó del de Nápoles; el gran ducado de Varsovia, viviente amenaza contra Rusia, reconocía por soberano supremo al soberbio conquistador, y la República Helvética, cuyo suelo habían regado con su sangre los soldados de Durassoff, de Korsakoff, y de Suvaroff, acataba los deseos del «mediador» en sus asuntos como si fuesen verdaderos mandatos. De los ciento setenta y dos millones de almas que entonces había en Europa, setenta y uno pertenecían al Imperio francés, ó á los Estados que le prestaban vasallaje. Kourakine, embajador actualmente de Alejandro en París, escribía á su señor: «Desde los Pirineos hasta el Oder, desde el Sund hasta el estrecho de Mesina, todo es Francia». Érale fácil á ésta descargar terribles golpes sobre los intereses rusos en el Oriente, en las islas jónicas, en las provincias ilirias y en el Báltico. Su amistad con Dinamarca le daba armas contra el Imperio de los czares, del cual era vecino en el gran ducado de Varsovia. Y como si aun no hubiese bastante con lo dicho para provocar celos, rivalidades y temores en Rusia, Napoleón incorporó á su imperio nuevos territorios. La primera víctima de su ambición fué esta vez su hermano Luis.

De todas las naciones de Europa, ninguna sintió las consecuencias del bloqueo continental tanto como Holanda, que vivía casi exclusivamente del comercio marítimo. No era posible que Luis Bonaparte, por adicto que fuese á Napoleón, presenciara con indiferen-

cia los males bajo que literalmente agonizaba el país cuyos destinos se le habían confiado; y aunque no tardó en reconocer, á sus expensas, que las monarquías creadas por su hermano no eran á sus ojos sino medios de disfrazar su dominación, procuraba defender la vida y la fortuna de sus súbditos, en cuanto estaba á su alcance, contra las constantes exigencias y frecuentes tropelías del nunca satisfecho Emperador, el cual comenzó á dirigirle violentos reproches y duras invectivas, hasta acabar por no parecerle bueno ninguno de los actos de su administración. La resistencia mesurada, pero perseverante é invencible, con que Luis se oponía á extremar la aplicación del bloqueo continental, concluyó de exasperar á Napoleón, que se resolviese á destronarlo, fingiendo agravios, según su costumbre, y procediendo gradualmente, para tener los ánimos preparados cuando sobreviniera el desenlace. Las relaciones entre los dos hermanos revistieron tal carácter de acritud, que Luis esperaba ver invadido el territorio holandés de un momento á otro, y calculaba los elementos y recursos con que contaba para defenderse. Con pretexto de la expedición de Walcheren, las tropas imperiales ocuparon el Brabante y la Zelanda, y al propio tiempo, se invitó á Luis á presentarse en la capital del Imperio. No se ocultó al rey de Holanda la intención de su hermano y pensó no acudir al llamamiento, arrojando las consecuencias; sus ministros, empero, le aconsejaron obedecer, y se trasladó á París.

No bien hubo llegado, supo á qué atenerse al leer en los periódicos las declaraciones contenidas en el discurso que pronunciara el Emperador en el acto de la apertura del Cuerpo Legislativo. «Holanda, decía Napoleón, colocada entre Francia é Inglaterra, sufre las consecuencias de la vecindad de una y otra; en sus costas desembocan en el mar las principales arterias de mi Imperio; se impondrán algunos cambios». El Lenguaje del ministro del Interior era aún más significativo. «Holanda, afirmaba, es *realmente parte de Francia*; la han formado por aluvión el Rhin, el Mosa, el Escalda..... Hora es de restablecer allí el orden natural». No siendo Holanda más «que una parte de Francia,» «el orden natural» requería incorporarla á la madre patria: el propósito estaba manifiesto. Tal era la forma que empleó Napoleón para significar al rey Luis que iba á privarle de sus Estados. Tenía ya redactado el decreto reuniendo al Imperio el territorio holandés; mas desistió de publicarlo inmediatamente, esperando que la Gran Bretaña accediera á firmar la paz, ó, por lo menos, á revocar las resoluciones con que contestara en mil ochocientos siete á la declaración del bloqueo continental, á cambio de que él renunciase á la anexión que proyectaba. Impuso, pues, un tratado á su hermano, en que éste le cedía la cuarta parte de Holanda y se sujetaba á cumplir las obligaciones más onerosas y vejatorias, á cambio de lo cual le dejó las apariencias de la soberanía. No dieron el resultado que se prometiera las gestiones que practicó con la Gran Bretaña, al intento indicado, y como las cláusulas de la convención pactada con Luis eran en algunos de sus puntos de ejecución

imposible, no le faltaron pretextos para promover quejas, diferencias y acusaciones. El tratado á que acabamos de referirnos le autorizaba á tener en Holanda seis mil hombres para custodiar las costas; pues bien, él envió más de veinte mil, que se establecieron en las ciudades más importantes y amenazaron la capital. Luis convocó por última vez á sus consejeros y les propuso defender á Amsterdam, soltar los diques y llamar al pueblo á las armas; los ministros le representaron respetuosamente que sería inútil cuanto se hiciera encaminado á resistir. Luis entonces, presa del mayor desaliento y pérdidas todas sus ilusiones, abdicó en favor de su hijo primogénito y huyó de su reino con el mayor secreto, como quien se escapa de la cárcel. Salió de Holanda el primero de Julio de mil ochocientos diez, y el nueve se presentaba en los baños de Tæplitz, en Bohemia. Napoleón montó en cólera al tener noticia de la fuga de su hermano: precisamente en aquellos mismos días se embarcaba para América Luciano, el cual, no juzgándose seguro en los Estados de la Iglesia, donde residía, desde que supo su incorporación al Imperio, prefirió exponerse á los peligros del mar y á caer prisionero de los ingleses á ser súbdito de su hermano. El orgulloso déspota no aguardó más; en uno de sus próximos números publicó el *Monitor* un decreto, declarando que Holanda formaría parte en lo sucesivo del territorio francés.

Al mes siguiente ocurrió un acontecimiento extraordinario, que vino á complicar aún más la situación. Bernadotte fué elegido príncipe real de Suecia. Digamos los antecedentes del hecho. Suecia, en guerra con todos sus vecinos, culpaba á su monarca, Gustavo IV, de ser con su política interior y exterior el causante de los males que padecía. Adlesparre, general del ejército que operaba en las fronteras de Noruega, se hizo intérprete del descontento público y se sublevó, dirigiéndose con sus tropas á Stokolmo. Gustavo quiso huir, mas le detuvieron en su palacio y fué conducido á la fortaleza de Drottningholm, el trece de Marzo de mil ochocientos nueve. Reunida la Dieta, eligió rey al duque de Sudermándia, bajo el nombre de Carlos XIII, y ocupóse, además, en elaborar otra Constitución; y como Carlos XIII carecía de descendientes y su edad avanzada no permitía esperar que los tuviera, se nombró príncipe sucesor á Cristian Augusto de Augustemburgo, emparentado con la casa Real de Dinamarca. Fué en este momento cuando se presentó por primera vez á los espíritus la posibilidad de la unión de Suecia y Noruega, como medio de compensar la pérdida de Finlandia. Cristian Augusto, adoptado por Carlos XIII, pasó á llamarse Carlos Augusto. No bien empuñó las riendas del poder el nuevo gobierno, se apresuró á ajustar paces con Rusia, cediéndole definitivamente la Finlandia, por el tratado de Fredickschann, en Septiembre de mil ochocientos nueve; también las ajustó con Dinamarca, en Jönköping, Diciembre del mismo año, y con Francia, en París, Febrero de mil ochocientos diez. Según el último de dichos tratados, Suecia recobraba el Stralsund y la Pomerania, pero se adhería al sistema de blo-